

MARIPOSA de Cristina B

La primera vez que la vi, mi Mariposa venía caminando hacia mí de frente por el largo pasillo del ala de psiquiatría. Alternaba entre el canto y una conversación con las voces en alguna lengua similar al arameo.

El arameo debe ser muy divertido, ya que de vez en cuando, reía compulsivamente ante alguna de las sugerencias que escuchaba en su mente. Su melena rizada y despeinada teñida de rojo, le daba un aire misterioso y resaltaba su piel bronceada. Tan hermosa como aterradora, pensé. Sus ojos amarillos enmarcados por una irregular y gruesa raya negra se clavaron en mí y me dije: esta es la parte de la peli en la que me asesinan.

Sin embargo, pasó a mi lado sin ni siquiera reparar en mí o en la asistente sanitaria que me acompañaba. Puede que estuviéramos en el mismo recinto, pero su mente vagaba por lugares muy alejados de las paredes blancas entre las que nos encontrábamos.

Durante un par de días la observé de lejos, con fascinación y miedo.

Se dedicaba a caminar, pasillo arriba pasillo abajo, durante las mañanas en las que no teníamos talleres de psicoeducación. Siempre manteniendo aquellas conversaciones con las voces que, a ratos la agasajaban y a otros la acosaban. Por las tardes de vez en cuando pedía un lápiz y hojas y se sentaba a dibujar. No la vi hablar con nadie, y eso que no éramos pocos los desterrados de la sociedad que estábamos allí; a la espera de que nos medicaran lo suficiente como para parecer normales de nuevo.

No tardé mucho en reunir el valor suficiente para hablarle. La tercera tarde de encierro fue demasiado aburrida y mi curiosidad me tentaba cada vez más. Así que terminé acercándome a ella cuando estaba en la sala común generando su arte.

– ¡Qué bien dibujas! – Le dije. Recuerdo como lentamente se dio media vuelta para clavar sus ojos de gato en mí, con cara inexpresiva.

Durante los 3 milisegundos más largos de mi vida tuve miedo de que me apuñalara con el lápiz que tenía en la mano (así de sibilinos son los prejuicios). Sin embargo, todo el miedo se desvaneció al instante cuando una amplia, pura e inocente sonrisa se dibujó en sus labios.

– ¡Muchas gracias! Son mis hermanos, son muy guapos. – Me respondió al tiempo que me tendía la hoja para que pudiera apreciar mejor el retrato.

A partir de entonces los paseos por el pasillo se convirtieron en cosa de dos. Durante nuestras caminatas de interior nos dedicamos a charlar sobre lo que compartimos todos los locos: nuestro dolor.

Me contó que había nacido en Venezuela, de donde era originalmente su familia. Su madre había muerto cuando ella era muy joven, también padecía esquizofrenia. A los 16 años se fue de casa. Me relató cómo para ganarse la vida empezó a trabajar como stripper y que la cantidad de horas que tenía que trabajar, los esfuerzos físicos y las estrictas reglas a las que la sometían la llevaron al consumo de cocaína para mantenerse a flote.

Una vez pasó la edad dorada donde los hombres te consideran valiosa, la expulsaron del mundo donde con bailar en ropa interior es suficiente. Entonces entró en la prostitución, y con ella, en las drogas duras.

Me explicó cómo era vivir en una habitación de un piso compartido, donde todo en lo que consiste tu vida es en estar en una cama, recibiendo uno tras otro a clientes de apariencia humana y corazón despiadado. Pude ver en su relato el cansancio, la soledad y el dolor resultantes de ser convertida en un objeto sexual. Entendí entonces por qué el cristal se convirtió en su mejor amigo, el speed en su confidente más cercano, y las voces en su compañía favorita.

Una tarde estábamos filosofando sobre la vida en la terraza, mientras contemplábamos las vistas de Zaragoza a través del enrejado que nos protegía, cuando apareció otro paciente. Era un señor mayor con quien yo había cruzado algunas palabras antes.

Me había contado que estaba deprimido y que su mujer había muerto. Empatiqué mucho con él al principio, sé lo que es perder a un ser amado. Hasta entonces había sido muy agradable conmigo y me había dado un trato cercano y buena conversación, lo cual cuando estás en psiquiatría se agradece. Pasamos muchas horas muertas sin nada que hacer, en silencio y a solas con nuestro dolor. Pero vigilados, todo siempre bajo control estricto de las cámaras y asistentes destinados a (en un principio) protegernos.

Aquel viejito entrañable que me recordaba a mi abuelo se acercó preguntando si podía unirse a la conversación. Al mismo tiempo que yo accedía a su petición presencié el horror. La oveja se convirtió en lobo cuando, para mi sorpresa, se sentó pegado a mi Mariposa, le puso la mano en la pierna y le dio un beso en la boca.

Haciendo acto de toda mi educación eliminé rápidamente mi rictus de desaprobación (y asco) y procedí a preguntar amablemente qué estaba sucediendo. El hombre de aproximadamente setenta años que tenía delante me explicó que se habían enamorado, que habían conectado; que ambos estaban muy pero que muy contentos de estar juntos. Ella no respondió.

Esa noche lloré angustiada al pensar en que mi amiga no podía escapar del abuso ni siquiera estando ingresada en un hospital. Nadie la protegía.

Ningún profesional hizo amago de comprobar si aquella relación era segura para mi apreciada Mariposa. Nadie reparó en que una persona tomando dosis altas de antipsicóticos para regular su pensamiento desorganizado, podía no estar tomando decisiones conscientes respecto a la intimidad física o las relaciones románticas que estableciera. Menos aun cuando en sus momentos lúcidos demostraba una inocencia propia de una niña. Parecía que yo fuera la única consciente del peligro que implicaba esa situación.

Intenté hablar con ella, explicarle que no tenía por qué aceptar ese tipo de tratamiento por parte de aquel anciano. Pero su indefensión aprendida y su completa falta de límites respecto a su integridad física me respondieron que no era para tanto, que hasta le daba morbo la situación.

Recuerdo que lo que más me impactó fue escucharla justificar que los viejos le encantaban, ya que como prostituta eran su tipo de cliente preferido. Según ella eran los más agradecidos y los menos violentos. "Son super adorables, solo quieren algo de compañía, alguien que les quiera" me dijo. No supe qué responder.

Respecto a él no quise saber nada. Evité casi al completo a aquel hombre, a pesar de que hizo varios intentos por acercarse a mí. Todo lo que tenía que decirle eran frases que no me atreví a pronunciar por miedo al conflicto. Es difícil decirle a alguien <> cuando sabes que vas a verle mañana, pasado y así hasta que salgas del encierro. Por desgracia desayunar delante de un viejo verde sienta mal le hayas dicho lo que piensas o no, por lo tanto, la próxima vez, si la hay, no pienso callarme.

Uno de aquellos días de conversación compartida le pregunté a mi Mariposa que tal le iba con la terapeuta que nos atendía, su respuesta me sobresaltó: ella no la había visto a ningún psicólogo. Decidida a cambiar esa situación me dirigí a la ventanilla donde se refugiaban las asistentes sanitarias a pedir se le diera asistencia psicológica. La respuesta que obtuve fue similar a “esta persona tiene esquizofrenia; no necesita terapia, necesita medicación”. Yo me sorprendí claro. Pensaba que los esquizofrénicos tenían derecho a tener también conflictos emocionales, traumas, situaciones que les generan ansiedad o necesidad de apoyo emocional además de brotes psicóticos. Parece que no. ¡qué cosas!

Pero bueno, qué sabré yo. Ingresada en un hospital, medicada hasta las cejas, la cabeza no me daba como para afirmar que un enfermo mental pierde su condición de ser humano dependiendo de cuál sea su diagnóstico.

No tengo claro qué sucedió después con mi Mariposa, ya que a mí me dieron el alta a los siete días de ingresar, que un intento de suicidio no es para tanto. Como no gritas ni eres agresivo, no molestas especialmente. En cuanto recuperas tu habilidad para sonreír cuando te preguntan “qué tal”, liberan la cama para el siguiente, que faltan recursos y sobran locos.

Aun así, tuve la suerte de poder guardarme su teléfono. A escondidas claro, no se nos olvide que está prohibido que construyamos vínculos significativos en el ala psiquiátrica, eso es muy malo para la salud. No vaya a ser que hablando entre nosotros nos demos cuenta de que no estamos solos en el mundo con nuestro dolor, no sea que nos demos cuenta del patrón común de injusticia social que hemos vivido todos y cada uno. Hay que protegernos de descubrir más sensibilidad, compasión y apoyo entre los nuestros que entre los de las batas blancas. Esperé al salir a que contactara conmigo, pero no supe de ella en muchísimo tiempo.

Con los años he tenido algunos avistamientos: me la encontré sentada en un banco de Gran Vía alimentando a las palomas un año después de salir del ingreso. Me dijo que vivía en un piso de alquiler y que aún se prostituía, pero no tomaba drogas. En aquel momento me puse contenta porque sentí que al menos había avanzado algo. Luego un día me escribió diciendo que estaba mal y que estaba de nuevo drogándose, intenté hablar con ella, pero nunca me respondió.

Hoy me la he encontrado. Yo salía de mi cita con la psicóloga cuando apareció vagando por el pasillo cual alma en pena con la cara desencajada y la mirada perdida. El arameo volvía a formar parte de su vocabulario y no fue capaz de reconocermme cuando la saludé.

Después de un pequeño esfuerzo conseguí despejar un poco su mente nublada y recordó conocerme vagamente. Me explicó que estaba mal, que estaba “tomando estimulantes” y que no podía dejar de trabajar porque “sus clientes la reclamaban”. También me dijo que el gran problema y aquello que la mantenía en la oscuridad era su padre. Yo en su momento sabía que no se hablaban, así que no entendí muy bien a qué se refería. Intenté preguntarle, pero no estaba lúcida como para darme una explicación detallada.

Me destrozó que al hablarle sobre si seguía en tratamiento psiquiátrico me respondiera “no, me han dicho que tampoco puedo estar ingresando cada 15 días”. ¿Cómo pueden haberla abandonado hasta quienes se supone están capacitados para ayudarla?

Con todo el dolor de mi alma tuve que dejarla ir (por su seguridad y la mía) cuando de repente me gritó que no le gustaban mis ojos y que debía dejar de mirarme mientras se levantaba bruscamente y se alejaba de mí. La miré impotente mientras se marchaba profiriendo juramentos y maldiciones en varias lenguas, sin atreverme a seguirla por miedo a alterarla más y desatar una situación peor. Ya sabes, cuando vemos a un loco desregulado por la calle, nos ponemos nerviosos y llamamos fácilmente a la policía (que no a una ambulancia, que sería lo suyo), y los conocimientos sobre salud mental de la policía... no quiero que haya otro “incidente” como el de Parque Roma.

Desde el instante en que la perdí de vista hasta ahora, no he dejado de hacer llamadas.

¿Y cuál ha sido mi hallazgo?

Las asociaciones de ayuda a la mujer “no se ocupan de prostitución, solo de malos tratos”.

- Las asociaciones de ayuda a las víctimas de prostitución “no se ocupan de personas desestabilizadas mentalmente”.

- Las asociaciones de salud mental “no se ocupan de casos de trastorno mental grave”.

- Y por supuesto, los servicios de atención a la drogodependencia requieren que seas derivado por el médico de cabecera o el psiquiatra.

- Ah, y en el 112, al no tener conocimiento de los datos actuales sobre su paradero o vivienda, no pueden ayudarme.

- ¿Y si pido sus datos? ¡Tampoco pueden dárme los porque no soy un familiar!

Mágicamente la burocracia que nos protege, nos da derechos y se supone que intenta hacer visibles a las personas que necesitan ayuda, no tiene absolutamente ningún organismo que esté dispuesto a encargarse de ayudar a mi mariposita a volar. Sigue estando sola con su dolor.

“Lo suyo sería que vayas a urgencias con ella” me ha dicho una bienintencionada amiga. Ella ignora que en los hospitales de Zaragoza están desbordados. No sabe que no tienen camas para la cantidad de gente que necesita hospitalización por salud mental, y mucho menos se imagina que mantienen a los enfermos que no pueden despachar en “observación”.

Observación, por si nunca te lo han contado, es el lugar donde, si eres paciente de salud mental, te alimentan a base de sedantes para que no molestes. También es el lugar donde puedes pasarte días y días en una camilla de hospital, sin tener derecho a visitas y sin tener ningún tipo de asistencia por parte de un especialista. Oh, y lo más relevante, no armes revuelo, no te conviene. Porque si las enfermeras se cansan del tarado del box 15 porque no está quieto, aprenderás un concepto novedoso: las contenciones.

¿Qué son las contenciones?

Espero que nunca te veas en la situación de aprenderlo, pero si tienes curiosidad búscalo en imágenes de Google. Luego busca cómo se trataba a los enfermos psiquiátricos en el siglo pasado y juega a buscar las 7 diferencias, ya verás qué bien se te queda el cuerpo. Así, como dato, yo solo he encontrado 3 y ninguna es especialmente relevante.

Diría que no tengo palabras para describir lo que siento, pero la verdad es que si las tengo:

Siento RABIA. Porque en un mundo interconectado y globalizado, en una ciudad de setecientos mil habitantes, en un país donde nos jactamos de proveer derechos, hay personas abandonadas por absolutamente todo agente de protección social. Personas cuyo dolor es obviado y silenciado, personas a las que nadie ve.

Porque absortos en la cultura del “este no es mi problema” vivimos ciegos. A no ser que esté estipulado en alguna parte y se nos obligue de alguna manera, tenemos los ojos cerrados a cal y canto ante el sufrimiento ajeno. Incluso si lo tenemos literalmente al lado o enfrente.

Siento una gran FRUSTRACIÓN. Porque no sé qué hacer para ayudar a esta mujer. A este alma rota y torturada, vejada por la vida, silenciada, sometida y castigada por un mundo cruel e injusto. Que aún después de todo conserva el corazón y la bondad. Que estando entre dos mundos, luchando por distinguir la realidad de la ilusión, es capaz de decirte cuando te acercas: “gracias, me ayudas a reconocerme”. Y te lo dice sincera, emocionada, mientras te da su mano suave y delicada como ala de mariposa y te pide que le avises si te aprieta demasiado fuerte. Porque a veces le cuesta controlar su fuerza y le preocupa hacerte daño.

¿Por qué nadie nos hemos preocupado del daño que te han hecho a ti?

¿Qué clase de mundo es este?

Cómo es posible que mi mariposa en pleno brote psicótico tenga más calidad humana, sea más sensible, más empática y menos cruel que nosotros que somos “los sanos”. Habría que plantearse quién está más enfermo, si el loco psicótico o una sociedad donde el otro no existe a no ser que sea nuestro amigo, conocido, compañero de trabajo o familiar.

Y, sobre todo, siento una TRISTEZA tremenda. Porque sé que esto no es un caso aislado, sé que hay muchas más mariposas ahí fuera. Mariposas a las que, al igual que a la mía, no les queda otra que seguir sobreviviendo como pueden. Y la espiral de dolor y sufrimiento en la que viven, cada día mayor, insta a sus mentes a alejarse más y más de la realidad. Una realidad a la que yo en su lugar, tampoco querría volver.

No quiero perder a más Mariposas, ni quiero dejarlas abandonadas solas en la oscuridad. Necesito hacer algo que me haga sentir que sigue habiendo esperanza para las Mariposas del mundo.

Como no soy político, médico o trabajador de la administración, por ahora todo lo que puedo hacer es escribir. Así que en ello me encuentro, para apelarte.

Apelo a tu humanidad, tu empatía, tu rabia ante la injusticia, tu moral. Si con eso no te vale apelo tu responsabilidad social, a tu Dios, a tu propia historia de sufrimiento o a cualquier otra cosa importante para ti. Por favor, necesitamos hacer algo para que las personas dejen de sufrir en soledad. Tú y yo.

Si, si, TU. Y yo.

Por favor, haz algo y hazlo hoy.

¿Te doy ideas? Comparte este escrito con tu gente, léeselo a tu tío el presidente de no sé qué organismo administrativo, al frutero o al cartero. Apúntate a un voluntariado para ayudar a la gente de tu ciudad. Implícate con el indigente que duerme debajo de tu casa desde hace 3 semanas y pregúntale qué tal el día y qué necesita. Dale un abrazo a ese amigo o familiar que sabes que está pasando por una mala temporada y dile que estás a su lado para acompañarle en lo que haga falta.

Todo cuenta, no nos mientas ni a ti ni a mi diciendo que no puedes hacer nada o que no vale la pena un gesto pequeño en un mar de injusticias. No necesitas cambiar el mundo tu solo, pero puedes ser una de las gotas de agua que componga el tsunami de la revolución.

Ayúdame a ayudar. Ayuda a las Mariposas que te encuentres.

Porque se merecen que compensemos todos los años de dolor y sufrimiento por los que han pasado. Porque mientras ellas se hunden en su dolor nosotros estamos preocupados por saber cuál es el último chisme del famoso de turno. En discutir en las comidas familiares qué partido político es el más malvado y por qué tu primo, el que no piensa como tú, es estúpido. O en el plan para salir de fiesta el próximo finde. Porque tú, persona individual, no tienes la culpa de que existan Mariposas, pero tienes la capacidad como gotita de ser parte del tsunami y no agua estancada.

Gracias mi Mariposa por haberte cruzado hoy en mi camino. Perdóname por no haber sabido ayudarte mejor.

Espero compensarte, ¡empezando con esta carta!

Ojalá verte pronto llena de esa amabilidad y dulzura que tienes cuando tu mente no está en guerra contigo. Me encantaría que algún día puedas contar tu misma tu historia, lo difícil que fue y lo orgullosa que estás de haberte recuperado, que sé que lo harás.

Te quiero mucho mi Mariposa, no estás sola.

Con cariño, Cris